

Religión y Juventud

Los niños pequeños, frecuentemente, muestran una marcada tendencia a las prácticas religiosas aprendidas de sus padres. La imaginación y el pensamiento mágico contribuyen a enriquecer la exuberante vida infantil con seres y poderes que ocupan buena parte de la actividad mental.

Los adultos, por lo general, se muestran satisfechos con la docilidad filial para las prácticas religiosas, que muestran los niños sin preocuparse de intelectualizar gradualmente los conceptos religiosos que constituyen el verdadero fundamento de la religiosidad.

La crisis religiosa de la adolescencia depende en gran parte de la deficiencia en la formación intelectual. E. Marms en "El desarrollo de la experiencia religiosa en los niños" reconoce tres etapas: edad de los cuentos de hadas, durante la cual, los niños creen en toda clase de narraciones fantásticas; la edad realística, en la que rechaza las primeras imaginaciones y trata de explicarlas en términos de fenómenos naturales y la etapa individualista en la cual selecciona de la religión los elementos que satisfacen sus propias necesidades e impulsos.

Los padres enseñan a sus hijos todo lo que estiman bueno y provechoso; entre otras cosas, la religión que ellos practican. No siempre adaptan esa enseñanza a la mentalidad imaginativa de los niños, los cuales construyen su mundo interior lleno de seres antropomórficos tomados del mundo de los adultos, que cobran vida y se comportan en forma semejante a los seres que les rodean. El padre autoritario y arbitrario será la imagen de un Dios severo y vengador.

Cuando el niño se aproxima a la adolescencia y empieza a tomar conciencia de su yo, su primer gesto de afirmación de la personalidad consiste en cuestionar la autoridad paterna. Caen todas las enseñanzas y los imperativos paternos juntamente con la desaparición de lo mágico de la vida infantil. Si el ejemplo de vida de los padres no estuvo de acuerdo con los preceptos y enseñanzas recibidos, la decepción del adolescente será más pronunciada.

A medida que aumenta el juicio crítico del adolescente se hace más severo en la apreciación de la disconformidad entre la ley moral y la conducta que observa en to-

dos los que le rodean. También es propio del adolescente ser intransigente con los demás, aunque interiormente tenga el mismo problema. Simultáneamente con esta crisis de los valores religiosos, que necesitarán una profunda revisión, experimenta las consecuencias de la transformación fisiológica, con la aparición del instinto sexual. El encuentro y la búsqueda del placer sexual que acapara en forma vivencial todo el organismo y también su psiquismo, entran en conflicto con las normas morales que había oído y practicado más o menos fácilmente hasta el presente. Este es el fundamento de la aversión que siente el adolescente a todas las prácticas religiosas de la infancia, con gran alarma de sus padres. La conciencia de culpa puesta en pugna con las prácticas religiosas que exigen un estado de pureza interior se hace insoportable para la inestable mente del adolescente y opta por abandonar dichas prácticas para calmar la inquietud interior.

Una de las más impresionantes encuestas anónimas realizadas en Los Angeles en 1949 entre 3676 adolescentes de la High School dio el siguiente resultado: 36 % van regularmente a la iglesia; 52 % irregularmente; 12 % nunca o casi nunca. Como razón de esta práctica respondieron: por deseo de honrar o aprender algo de Dios el 41 %; por presión de sus padres, 28 %; por imperio de sus propias conciencias 23 %; por deseo de amistades, el 8 %. De los 436 que nunca iban a la Iglesia solamente 18 (4 %) afirmaron que era por falta de fe; casi el 90 % de los que faltaban afirmaron tener fe en la religión, pero no asistir por el trabajo o por falta de transportes.

Lo más notable de esta encuesta es el elevado porcentaje de asistentes a los oficios religiosos en las naciones sajonas. En las naciones latinas ese porcentaje es considerablemente más bajo, no llegando muchas veces ni siquiera al diez por ciento. Un estudio comparativo serio tendría que demostrar si la formación religiosa anglosajona es más eficaz que la impartida por las naciones latinas, o se debe a una cierta inmadurez adolescente de aquellos que permanecen por más tiempo adheridos a los preceptos y costumbres paternas.

Gerhard Zimmer